Revista Libertas IV: 6 (Mayo 1987)
Instituto Universitario ESEADE
www.eseade.edu.ar

LA TRADICIÓN DEL ORDEN SOCIAL ESPONTÁNEO: ADAM FERGUSON, DAVID HUME Y ADAM SMITH *

Ezequiel Gallo

> "Pero equilibrar un estado grande o una sociedad, sea monárquica o republicana, con leyes generales, es una labor tan intensa y difícil que ningún genio humano, por más omnicomprensivo que sea, puede realizarla con la simple ayuda de la razón o la reflexión. El juicio de muchos hombres debe concurrir a esta tarea, la experiencia debe guiar esa labor y solo el tiempo la puede llevar a la perfección."
>
> (D. Hume, *Rise and Progress of Arts and Sciences*, 1753.)

Estas reflexiones girarán alrededor de algunos aportes realizados por la "Escuela Escocesa" al análisis de la evolución de las instituciones sociales. Me circunscribiré en estas notas a las obras de sus tres autores más conocidos (Hume, Ferguson y Smith). Quedarán de lado, en consecuencia, los aportes realizados por otros miembros de la escuela, como los filósofos Hutcheson y Kamer, el historiador Willianm Robertson y el sociólogo John Millar. Dentro de la vasta producción de los tres autores escogidos se indagará exclusivamente en lo que respecta a su contribución al análisis de los principios que rigen la evolución, progreso y retroceso de las sociedades humanas. Quedan excluidos de este trabajo los importantes aportes realizados por David Hume en el campo de la filosofía y la historia, por Adam Smith en el de la econornia política y por Ferguson en el de las ciencias sociales.[1]

La obra de los autores escoceses es considerada por muchos como "fundadora" de una tradición intelectual que se extiende hasta nuestros días. La expresión es genéricamente correcta pero no está desprovista de ambigüedades. Nada hubiera resultado más incómodo al espíritu de la obra de nuestros tres autores que suponer que su pensamiento no es heredero de tradiciones anteriores. Aceptar esto hubiera sido negar los fundamentos en que descansa todo pensamiento de raigambre evolucionista. Resulta imposible desconocer, en este sentido, la influencia de autores como Bacon, Locke, Grotius, Puffendorf, Montesquieu, Newton, etc. Muy próximo a los escoceses surge nítidamente el nombre de Bernard de Mandeville, ese autor mordaz y un tanto escandaloso para los cánones de la época. El término "fundador", por lo tanto, hace referencia al primer intento de sistematización de una tradición que es tributaria de muchos apartes de igual intensidad intelectual.[2]

Con menos ambigüedad semántica, "fundacional" también indica un comienzo abierto y fértil que incita a una interminable tarea de correcciones y refinamientos, a la superación de errores y a la eliminación de incompatibilidades. Y en esta secuencia posterior fueron muchos los que

---

* Versión corregida y aumentada de: Ezequiel Callo, "La tradición del orden social espontáneo", publicado en Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, *Anales*, XIV, 1985.

[1] Para, una buena selección de textos de los integrantes de la Escuela Escocesa véase Jane Randall, *The Origins of the Scottish Enlightenment*, Londres, 1978. Para el desarrollo de esta tradición de pensamiento puede consultarse N. Barry, "The Tradition of Spontaneous Order". En: *Literature of Liberty*, v. 2, California, 1982.

[2] , Véase J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment, Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princentoon University Press, 1975.

contribuyeron a una labor que recoge nombres como los de Hamilton y Madison, Edmund Burke, Constant y Tocqueville, Wilhelm von Humboldt en Alemania, y, algo más adelante, el de Herbert Spencer. Y así podríamos seguir citando nombres hasta llegar a nuestros días y encontrar entonces la más excitante puesta al día de este cuerpo de ideas en la obra de Friedrich von Hayek.[3]

Toda indagación científica fértil comienza con una actitud de sorpresa por parte del espectador. Esta inquietud del espíritu humano se ve muchas veces favorecida por las características del escenario en el que le toca actuar. La Escocia de comienzos del siglo XVIII desplegaba frente al espectador inquieto un paisaje de contrastes tan nítidos como llamativos. En sus tierras bajas (*Lowlands*) comenzaban a emerger los primeros signos de esa gran revolución comercial e industrial que conmovió los cimientos del mundo en los siglos venideros. En esa región todo era febril actividad, multiplicación de empresas y de empleos, contactos con los puntos más alejados de la Tierra y un bullicio que reflejaba expectativas cada vez más optimistas. En las tierras bajas el espectáculo de la creación de la riqueza golpeaba incesantemente a las mentes más alertas de la época. No había que recorrer mucho trecho en aquella Escocia para toparse con un mundo diametralmente opuesto. Las tierras altas (*Highlands*), ofrecían una geografía tan atractiva como áspera, marco adecuado para ese mundo viril y altivo de los clanes, mundo aislado, pobre e impotente para contribuir a la multiplicación de la especie. Un abismo separaba a ambas regiones, el contraste entre riqueza y pobreza, entre progreso y estancamiento. Contraste que no reflejaba solamente una realidad contemporánea de fácil comprobación, sino además, y en miniatura, la historia de una humanidad que sólo por breves períodos y en espacios restringidos había conocido el bullicio de las tierras bajas. Un mundo, en sarna, que casi siempre había tambaleado, si no retrocedido, en sus intentos de posibilitar la supervivencia y crecimiento de sus habitantes. Eran siglos y no sólo kilómetros los que separaban a las tierras bajas de las altas. Frente a esta situación surgieron las preguntas que se dedican a contestar los autores escoceses. Primero, ¿cuáles son los pasos y los mecanismos institucionales por medio de los cuales los hombres van abandonando la rústica sociedad anterior y se van integrando en las complejidades de la nueva sociedad (polished society) ?. En segundo lugar, ¿cómo se puede hacer para que ese tránsito no se frustre permanentemente y siga avanzando sobre bases sólidas?.

Una buena pregunta puede no llevar a una buena respuesta si las premisas sobre las que se basa no son realistas. En los estudios humanos la alternativa más rentable es comenzar por un análisis riguroso de las características, motivaciones y propensiones de los únicos seres con existencia real, que son los individuos que componen la sociedad. Sólo luego de establecida esta premisa puede iniciarse el estudio de las distintas combinaciones que resultan de las muchas y transitorias interacciones que tienen lugar entre esos individuos.[4] Este procedimiento puede ilustrarse con la secuencia analítica seguida por el más influyente y discutido de los miembros de la Escuela Escocesa. La riqueza de las naciones, de Adam Smith, es, como se sabe, una investigación para localizar las causas que promueven el progreso de las sociedades. Esta exploración intelectual no hubiera sido posible, sin embargo, si no la hubiera precedido el análisis detallado de ciertos rasgos universales de la naturaleza humana que Smith realiza en su primera obra, su mucho menos conocida *Teoría de los sentimientos morales*.

No es fácil resumir en unas pocas páginas las respuestas que dan los autores escoceses a esta primera parte de su indagación. A la dificultad que presenta siempre la ambigüedad de las palabras

[3] La más elaborada puesta al día de esta posición puede consultarse en F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, Chicago, 1960.

[4] Esta posición metodológica es conocida como de *individualismo metodológico*, y sus principales expositores contemporáneos son Popper, Hayek y Watkins. Véase John O´Neill, *Modes of Individualism and Collectivism*, Londres, 1973.

se agregan en este caso los matices que surgen de la originalidad del pensamiento de cada uno de ellos. Existe entonces el riesgo de esquematizar un pensamiento rico y variado. Es posible, sin embargo, delinear las líneas básicas de este pensamiento donde todo gira alrededor de la idea de que cada hombre es un complejo haz de sentimientos y de pasiones encontradas, de virtudes y de defectos, de sabiduría y de torpeza. Estos ingredientes están presentes en mayor o menor grado en cada uno de nosotros, pero nadie está excluido de poseerlos aunque más no sea en ínfimas proporciones. De este concepto general se derivan las siguientes reflexiones:

1) El hombre actúa siempre buscando una satisfacción personal o, dicho de otro modo, guiado por un interés propio. Esta actitud personal se aplica tanto a quien encuentra gratificación en aliviar situaciones de otros como a quien se ocupa estrictamente de su propia persona o las de su familia inmediata. Estas dos actitudes son las que el lenguaje corriente designa como "altruismo" y "egoísmo", dos términos que han confundido más que aclarado la comprensión del problema. Los vocablos usados por los autores escoceses fueron "benevolencia" y "simpatía" en el primer caso, y "cuidado de si mismo", "generosidad limitada" y "egoísmo" para el segundo. Este rompecabezas semántico nunca distrajo a los autores escoceses de la consideración de los temas centrales. Adam Ferguson, por ejemplo, fue tajante al respecto:

> "Cuando el vulgo habla de sus diferentes motivos se satisface con nombres comunes que se refieren a distinciones conocidas y obvias. De esta clase son los términos benevolencia y egoísmo, por los cuales se expresa el deseo del bienestar ajeno o el cuidado del propio. Quienes se dedican a la especulación no están satisfechos siempre con este procedimiento; analizan y enumeran los principios de la naturaleza, con el riesgo de que para ganar la posibilidad de algo nuevo corren el riesgo de perturbar el orden del entendimiento vulgar. En el presente caso han encontrado que la benevolencia no es mas que una especie de amor a sí mismo; y quieren obligarnos a encontrar un nuevo *set* de palabras que nos permita distinguir el egoísmo del padre cuando dedica cuidado a sus hijos de su egoísmo cuando se dedica cuidados a sí mismo. Porque de acuerdo con esta filosofía, como en ambos casos solamente quiere satisfacer sus propios deseos, en ambos casos es igualmente egoísta. El término benevolencia, sin embargo, no se emplea para caracterizar a personas que no tienen deseos propios, sino para personas que a través de sus propios deseos procuran el bienestar de otros".[5]

El pensamiento escocés estableció una distinción significativa, que retomaremos más adelante, con respecto a la propensión "egoísta" de los seres humanos. Existen acciones motivadas por el "egoísmo" que redundan en perjuicio de terceros. Pero es; posible encontrar muchas otras de la misma naturaleza que derivan en mejoras para la situación de otros por más que este resultado no haya formado parte del plan o de la intención de ejecutor de la acción. Lo mismo sucede con actos que se enuncian guiados por fines altruistas o de "bien público" que, muchas veces, producen efectos opuestos a los que se proclaman. Adam Smith había percibido claramente esta situación:

> "Persiguiendo su propio interés, frecuentemente promueven el de la sociedad con más eficiencia que si realmente intentaran promover el interés público. Nunca supe de un gran beneficio provocado por aquellos que proclaman comerciar en pro del bien común".[6]

---

[5] Adam Fergunson, *An Essay on the History of Civil Society* (1767), Edimburgo, 1966.
[6] Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Weather of Nations* (1776), i, p. 456.

Los autores escoceses subrayaron reiteradamente este haz de predisposiciones variadas que influyen en la naturaleza humana, y *no*, como se cree, el predominio de actitudes "egoístas" o de "cuidado de sí mismo". Adam Ferguson fue categórico en este sentido:

> "[... 1 mientras los negocios se conducen con el máximo de autopreservación, las horas libres se dispensan a la amabilidad y la generosidad, ".[7]

En la misma dirección señaló Adam Smith:

> "Por más que el hombre tenga rasgos egoístas, existen evidentemente en su naturaleza principios que lo interesan en la suerte de los otros y que hacen que la felicidad de ellos le sea necesaria por más que no derive nada de esto, salvo el placer de poder contemplarlo".[8]

No muy distinto es lo que subrayaba David Hume:

> "Pero el comercio basado en el interés propio no suprime el más generoso intercambio de la amistad y de la buena voluntad".[9]

Ferguson llegó a ridiculizar a quienes creían en el predominio de una sola disposición humana: "El pensador que imputa las pasiones más violentas del hombre a la impresión que le producen las ganancias y las pérdidas está tan equivocado como aquel extranjero que se pasó creyendo durante toda la representación teatral que Otelo estaba furioso por la pérdida de su pañuelo".[10]

Existe, parece, una diferencia sustancial entre afirmar que el hombre es un ser "egoísta" y señalar, como en el caso de nuestros autores, que el "cuidado de sí mismo" es uno de los ingredientes ineludibles de la naturaleza humana.

2) En una época profundamente racionalista los autores escoceses fueron los primeros en advertir sobre las consecuencias que, se derivan de las visibles limitaciones cognoscitivas de la mente humana. Esta limitación, según Ferguson, no sólo impide un conocimiento cabal y detallado de las circunstancias actuales, sino que dificulta nuestra comprensión sobre los orígenes de la sociedad y su evolución posterior.[11]

En este aspecto, como en el primero, el cuadro dista de ser unidimensional. Esa misma mente impotente para develar los designios últimos de la Providencia, es capaz de proezas creativas sorprendentes cuando se aplica a ámbitos más modestos y restringidos. En estos ámbitos cada hombre posee conocimientos y habilidades de los que carecen los demás y, por lo tanto, cada uno de nosotros realiza una contribución insustituible al bienestar general. A esta doble condición de la mente humana hace referencia Adam Smith cuando sostiene en su *Teoría de los sentimientos*

---

[7] Ferguson, op. Cit., p 37.

[8] Adam Smith, *The Teory of Moral Sentiments* (1759), Indianapolis, 1976, p. 48.

[9] David Hume, A Treatise of Humane Nature (1739), Oxford, 1968. En otra ocasión sostuvo Hume: "Es raro encontrar a un hombre que ame a otra persona más que a sí mismo, pero igualmente raro es encontrar a uno en el cual la suma de todos os afectos generosos no supere a la de los egoístas". Treatise, p. 487.

[10] Ferguson, *Essay*, p.32.

[11] Ibídem, p. 183.

morales que al hombre le están asignados departamentos a la vez modestos pero indispensables. Afirma textualmente:

> "La administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles es el negocio de Dios y no de los hombres. A éstos se les ha dado un departamento mucho más humilde aunque más adecuado a la debilidad de sus poderes y a la cortedad de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, de la de sus amigos y de la de su localidad.[12]

3) Estas dos características de la naturaleza humana se combinan en el pensamiento escocés con una circunstancia externa de carácter permanente. Ese hombre con características de generosidad limitada, con conocimiento imperfecto, se enfrenta a una naturaleza avara en la provisión de los recursos que requiere la satisfacción de todos sus deseos. Para David Hume esta penosa combinación es tan crucial que es ella la que explica la necesidad de la justicia:

> "La cualidad de la mente", decía, "es la generosidad limitada, y la situación de los objetos externos es la escasez en relación con los deseos de los hombres [...]. Si los hombres fueran provistos de todo con la misma abundancia y si todos tuvieran para los demás el mismo afecto y cariño que tienen para sí mismos, la justicia y la injusticia serían desconocidas en este mundo. ¿Para qué hacer una partición de bienes si todos tienen más de lo necesario? ¿Para qué llamar a este objeto mío si cuando alguien me lo saca hasta extender el brazo para tener algo igualmente valioso? ".[13]

Estas tres características hubieran conducido naturalmente a una evaluación pesimista de las posibilidades de progreso social y cultural. Hasta esa época, la historia de una humanidad incapaz de incrementar, y muchas veces de mantener, el número de sus habitantes, parecía confirmar pronósticos bastante lúgubres. Como confío demostrar más adelante, es precisamente en este punto donde asoma la originalidad del pensamiento escocés. Por primera vez, como fruto de una evaluación realista y sin concesiones románticas, se intenta localizar las condiciones y causas que posibilitan la generación de riqueza y, por ende, el progreso de las naciones y de sus habitantes.

Podemos ahora reformular la pregunta inicial: ¿cómo fue posible que en ciertos momentos, ese ser frágil e imperfecto que es el hombre fuera capaz de crear riqueza y abandonar siquiera fugazmente, la condición de atraso y pobreza a la que parece condenado? Las primeras reflexiones a partir del interrogante planteado apuntan a señalar cómo *no* ocurrió ese tránsito. El cambio no fue originado por un plan "maestro" generado en la cabeza de un hombre o en un cónclave de notables. Tampoco fue el resultado de algún contrato original donde se acordaron de una vez las instituciones que habían de regir los destinos de la humanidad: "Ninguna sociedad se formó por contrato" —diría Ferguson—, "ninguna institución surgió de un plan [...] las semillas de todas las formas de gobierno están alojadas en la naturaleza humana: ellas crecen y maduran durante la estación apropiada".[14] Y luego redondea esta noción en uno de los más afortunados pasajes de *su Ensayo sobre la sociedad civil*:

---

[12] Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, p. 386.
[13] David Hume, *Treatise*, pp. 494-495.
[14] Fergunson, *Essay*, p. 123.

> "Aquel que por primera vez dijo: 'Me apropiaré de este terreno, se lo dejaré a mis herederos' no percibió que estaba fijando las bases de las leyes civiles y de las instituciones políticas. Aquel que por primera vez se encolumnó detrás de un líder no percibió que estaba fijando el ejemplo de la subordinación permanente, bajo cuya pretensión el rapaz lo despojaría de sus posesiones y el arrogante exigiría sus servicios.
>
> Los hombres en general están suficientemente dispuestos a ocuparse de la elaboración de proyectos y esquemas, pero aquel que proyecta para otros encontrará un oponente en toda persona que esté dispuesta a proyectar para sí misma. Como los vientos que vienen de donde no sabemos [...] las formas de la sociedad derivan de un distante y oscuro pasado; se originan mucho antes del comienzo de la filosofía en los instintos, no en las especulaciones de los hombres. La masa de la humanidad está dirigida en sus leyes e instituciones por las circunstancias que la rodean, y muy pocas veces es apartada de su camino para seguir el plan de un proyectista individual.
>
> Cada paso y cada movimiento de la multitud, aun en épocas supuestamente ilustradas, fueron dados con igual desconocimiento de los hechos futuros; *y las naciones se establecen sobre instituciones que son ciertamente el resultado de las acciones humanas, pero no de la ejecución de un designio humano*. Si Cronwell dijo que un hombre nunca escala tan alto como cuando ignora su destino, con más razón se puede afirmar lo mismo de comunidades que admiten grandes revoluciones sin tener vocación alguna para el cambio, y donde hasta los más refinados políticos no siempre saben si son sus propias ideas y proyectos las que están conduciendo el estado".[15]

Es conveniente subrayar dos aspectos de esta intuición tan fértil de Ferguson. En primer lugar, el autor escocés afirma que los hombres no "inventan" desde cero, sino que innovan a partir de circunstancias e instituciones que fueron el fruto de acciones humanas anteriores. En segundo término, esas circunstancias surgieron como consecuencia de la yuxtaposición de una multitud de planes individuales que al entrecruzarse produjeron muchas veces resultados que no eran queridos por sus autores. Así Hume, por ejemplo, afirmaba que las reglas de justicia, y especialmente de la propiedad, eran muy ventajosas para todos los integrantes de la comunidad "a pesar de que ésa no había sido la intención de los autores".[16] Es importante advertir, finalmente, que una parte muy significativa de nuestras instituciones (justicia, moneda, mercados, lenguaje, etc.) emergieron espontáneamente de esas interacciones humanas bastante antes que pensadores y analistas sistematizaran sus contenidos. Esto es, por ejemplo, lo que nos dice Ferguson sobre el lenguaje:

> "Tenemos suerte de que en estos, y otros, artículos a los cuales se aplica la especulación y la teoría la naturaleza prosigue su curso, mientras el estudioso está ocupado en la búsqueda de sus principios. El campesino, o el niño, pueden razonar y juzgar con un discernimiento, una consistencia y un respeto a la analogía que dejaría perplejos al lógico, al moralista y al gramático cuando encuentran el principio en el cual se basa el razonamiento, o cuando elevan a reglas generales lo que es tan familiar y tan bien fundado en casos personales".[17]

---

[15] Ibídem, p. 122.
[16] Hume, *Treatise*, p. 480 y ss.
[17] Ferguson, *Essay*, pp.33-38.

Esta evolución adquirió un impulso progresivo cuando, a través de un proceso de ensayo y error, algunas comunidades comenzaron a adoptar las instituciones más aptas para ese propósito. Poco sabemos sobre el origen de este mecanismo; lo único cierto es que las instituciones de los países más exitosos comenzaron a ser imitadas por otros que a partir de entonces entraron también en la senda del progreso. Hume, ante la indignación de los francófobos, conjeturaba que algunas libertades de los ingleses habían resultado de imitar instituciones originalmente desarrolladas en Francia.[18] Esta imitación no se llevó a cabo luego de una evaluación cuidadosa de las causas que producían esos efectos. Tuvo lugar, generalmente, porque a las comunidades que adoptaban esas instituciones las acompañaba el éxito en la lucha por la supervivencia.[19]

Para David Hume, este conjunto institucional estaba apoyado en lo que denominó las tres leyes fundamentales de la naturaleza: "la estabilidad en la posesión, la transmisión por consentimiento y el cumplimiento de las promesas".[20] Indicaba así el papel fundamental de la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos en la generación del progreso económico y social. Estas instituciones centrales habían surgido espontánea y gradualmente y, según Ferguson, su emergencia se había visto facilitada por un conjunto de máximas morales originadas en las grandes religiones monoteístas.[21]

John Locke había subrayado el papel fundamental de la propiedad como muralla protectora de los derechos individuales frente al ansia invasora de los poderosos. Para Hume, además, la propiedad privada era la única administradora eficaz de esos recursos permanentemente escasos y, por lo tanto, se constituía en condición necesaria para el progreso de la especie. Las enseñanzas de Locke tuvieron gran peso en el pensamiento de los escoceses, como se advierte en esta afirmaci6n de Adara Smith:

> "Las más sagradas leyes de la justicia [...] son las que protegen la vida y la libertad de nuestro vecino; le siguen aquellas que protegen su propiedad y posesiones, y luego vienen las que resguardan sus derechos personales, o los que se les deben como consecuencia de la promesa de terceros".[22]

Estas instituciones fueron integrándose con otras que las complementaban o que las protegían de ataques de terceros. El largo y tentativo proceso de ajustes y reajustes culminó en el gran movimiento constitucional de los siglos XVIII y XIX. No lo detallaremos ahora, pero señalemos que en esta larga evolución contribuyeron también otros pensadores de igual renombre. Además de John Locke, no será difícil advertir la presencia de Montesquieu en la siguiente reflexión de Hume:

> "El gobierno que llamamos libre es aquel que permite que el poder se divida entre varios miembros cuya autoridad es generalmente mayor que la del monarca, pero que en el curso normal de la administración deben actuar por leyes generales e iguales para

[18] Hume, *The History of England from the Invasion of Julius Caesar to Abdication of James the Second* (1762), Londres, 1808-1810, p. 294.

[19] Muchos aspectos de la contribución escocesa fueron sistematizados, refinados y completados por autores posteriores. No puede decise lo mismo sobre el papel de la imitación, un punto central para una teoría evolucionista que ha sido poco desarrollada hasta nuestros días.

[20] Hume, *Treatise*, p. 526.

[21] Véase F. A. Hayek, ¨The Origin and effect of our Morals: A Problem for Science¨. En: Nishiyama et al. (ed). *The Essence of Hayek*, California, 1984.

[22] Smith, *The theory of Moral Sentiments*, p. 163.

> todos, previamente conocidas por gobernantes y súbditos. En este sentido se puede asegurar que la libertad es la perfección de la sociedad civil.[23]

Debemos establecer a esta altura las relaciones existentes entre este arreglo institucional y aquellas características de la naturaleza humana que puntualizaron los autores escoceses. Una de las funciones que cumplen estas instituciones es la de poner obstáculos, a través de prohibiciones, al potencial invasor de derechos y libertades ajenas que puede generarse a partir de los rasgos menos estimables de la naturaleza humana. En este sentido Hamilton y Madison afirmaban que la Constitución norteamericana no había sido elaborada para regir relaciones entre "ángeles".[24] Al mismo tiempo, "dividiendo poderes", como quería Hurne, y colocando a gobernantes y súbditos bajo el imperio de una ley general, se ponían vallas contra la pretensión de quienes, ignorantes de las limitaciones de los humanos, pretendían imponer su voluntad en los múltiples detalles de la vida cotidiana. Es este personaje el que Adam Smith tiene presente en su conocida reflexión sobre el "hombre de sistema":

> "El hombre de sistema [...] es muy apto en su vanidad para considerarse muy sabio, y está habitualmente tan enamorado de la supuesta belleza de su plan ideal de gobierno, que no puede tolerar la menor desviación en ninguna de sus partes. Se propone implementarlo totalmente y en cada una de sus partes, sin ninguna consideración por los grandes intereses o los fuertes prejuicios que se le pueden oponer; parece imaginar que puede ordenar a los diferentes miembros de una sociedad con la misma facilidad con que la mano ordena las piezas de un tablero de ajedrez. Olvida que las piezas del tablero no tienen otro principio de movimiento que el que le otorga la mano; pero que en el gran tablero de la humanidad cada pieza del tablero tiene su propio movimiento, casi siempre diferente del que intenta imprimirle la legislatura. Si los dos principios coinciden y van en la misma dirección el juego de la sociedad será fácil y armonioso, y tiene posibilidades de ser feliz y exitoso. Si son opuestos o diferentes, el juego se desarrollará miserablemente, y la sociedad estará siempre en el máximo grado de desorden".[25]

Este tipo de reglas debían, al mismo tiempo, ser lo suficientemente escuetas como para dejar un ámbito muy amplio a esas acciones espontáneas de los hombres que generan el progreso de las naciones. Dicho de otra manera, esas reglas no deben trabar la libre expresión de aquellas características de la personalidad individual que conducen al mejoramiento social. No es necesario señalar, creo, que en esta categoría los pensadores escoceses incluían todas aquellas actitudes que englobaban bajo los términos de "benevolencia" y "simpatía", esas predisposiciones que tienden naturalmente al establecimiento de relaciones de asociación, cooperación y solidaridad con otros hombres.

Pero, también, están encuadradas aquellas acciones lícitas que no se proponen explícitamente el bien de los otros y que son básicamente promovidas por el deseo de favorecer la situación propia y la de la familia inmediata. Para los autores escoceses es esta predisposición de los seres humanos la que produce esa inquietud del espíritu que lleva al hombre a crear, a innovar, en suma,a tomar

---

[23] Hume, *Essay*, pp. 40-41.
[24] Para la influencia de Hume véase Hamilton, Madison, Jay, *El Federalista*, México, 1957, p.378.
[25] Smith, *The theory of Moral Sentiments*, p. 380-381.

riesgos. Adam Smith, en una referencia a los grandes propietarios de tierra, había señalado este aspecto en su *Teoría de los sentimientos morales*:

> "El proverbio vulgar y conocido que sostiene que el ojo abarca más que el estómago se aplica muy bien en este caso. La capacidad de su estómago no guarda ninguna relación con la inmensidad de sus deseos, y no puede recibir más de lo que recibe el del más pobre de los campesinos [...]. El resto debe distribuirlo entre aquellos que preparan lo poco que él es capaz de consumir Ellos están dirigidos por una mano invisible a efectuar la misma distribución de las cosas necesarias para la subsistencia que se hubiera hecho si la tierra hubiera sido dividida igualmente entre todos sus habitantes; y de esta manera, sin saberlo, sin proponérselo, ayudan al progreso de la humanidad y proveen medios para la multiplicación de la especie [...] ". "Y está bien que la naturaleza se nos imponga de esa manera. Es precisamente esta percepción errónea la que mantiene en continuo movimiento la industria de la humanidad. Es esta actitud la que en primer lugar movió a los hombres a cultivar el suelo, a construir casas, a fundar ciudades y países, a inventar y mejorar todas las artes que embellecen la vida humana; que ha cambiado enteramente la faz del globo, que ha convertido los bosques rudos de la naturaleza en fértiles y agradables praderas, hecho del océano sin rutas ni puertos una nueva fuente de productos y la gran vía de comunicación hacia las diferentes naciones del globo. La Tierra, por estos esfuerzos de los hombres, se ha visto obligada a redoblar su fertilidad natural y a mantener una multitud mucho mayor de sus habitantes." [26]

Adam Smith nos dice en este párrafo que los hombres, movidos por sentimientos egoístas (o de "cuidado de si mismos"), terminan promoviendo el bienestar de terceros. Lo promueven porque para calmar el interés propio deben necesariamente satisfacer las necesidades de otros hombres. De este hallazgo registrado en la *Teoría de los sentimientos morales* fluye naturalmente la muy conocida, y muy poco comprendida, frase de *La riqueza de las naciones* que señala que "no es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero que esperamos nuestra cena, sino de la preocupación que ellos tienen por su propio bienestar [...]. No nos dirigimos a su humanidad sino a su interés [...] . Nadie sino un mendigo elige depender exclusivamente de la benevolencia de sus conciudadanos".[27]

Estas respuestas recíprocas a necesidades ajenas van generando una multitud de relaciones que promueven distintos tipos de asociaciones entre los hombres. Esta tendencia que surge, sorpresivamente para el espectador, del deseo de halagar el interés propio, se ve reforzada por los ingredientes benévolos que existen en el hombre y que, también, lo empujan hacia la colaboración y la asociación con otros seres humanos. Cuanto mayor es el intercambio espontáneo, cuanto más activo es el comercio, menor será la posibilidad de que los hombres busquen satisfacer sus necesidades a través de la depredación y la guerra.

Hay otro aspecto de las reflexiones de Smith que debe ser destacado y es su afirmación de que este proceso tiene lugar sin que los promotores de las acciones tengan conocimiento de los resultados o se propongan los fines a alcanzar. Los hombres, dice, actúan como guiados por una *mano invisible* que los lleva a promover fines que no son los perseguidos originalmente. La conocida expresión (mano invisible) apunta al carácter paradójico de la situación y a lo difícil que le resulta a mentes limitadas como la nuestra tener una comprensión cabal de un mecanismo tan

[26] Ibídem, pp. 303-305.
[27] Smith, Wealth of Nations, i, pp. 26-27.

complejo. En contextos analíticos similares utiliza expresiones como "la Providencia", o "la naturaleza" para transmitir la perplejidad del espectador ante la perfección del mecanismo surgido espontáneamente.[28]

El incremento de los intercambios genera, además, otro efecto benéfico que es el de producir una creciente división de tareas entre un número cada vez mayor de participantes. Esta división del trabajo es para Smith (como para Hume y para Ferguson) la causa principal de la riqueza de las naciones. Como en el caso anterior, esta situación también emergió espontáneamente a partir de un rasgo de la naturaleza. Dice Adam Smith: "La división del trabajo, de la cual se derivan tantas ventajas, no ha sido planeada por una mente humana que se propuso la opulencia general a que está dando lugar. Es la necesaria, pero lenta y gradual, consecuencia de una cierta propensión humana: la propensión a realizar trueques, a intercambiar una cosa por otra".[29]

Es interesante advertir en este caso el doble aspecto del arreglo institucional propuesto por los escoceses. Por un lado, se ponen trabas a la pretensión de alguna mente omnipotente que intente modificar de raíz el orden natural del universo. Pero, por el otro, se deja la más amplia libertad de acción en ámbitos más acordes con nuestras facultades. En estos ámbitos cada individuo, aun el más humilde, tiene capacidades únicas para promover el bienestar general. Como decía Bernard de Mandeville con una frase que causó escándalo a comienzos del siglo XVIII: "El peor de la multitud hizo algo por el bien común".[30] Como cada individuo conoce sobre su actividad más que los demás (incluido, desde luego, el gobernante), David Hume sostenía:

> "La mayoría de los oficios y profesiones en un estado son de tal naturaleza, que a la par que promueven los intereses de la sociedad, son también útiles y agradables para los individuos; y, por esta razón, la regla constante del magistrado (excepto en la primera introducción del arte) debe ser dejar la profesión a sí misma y confiar su estímulo a aquellos que derivan beneficio de ella. Los artesanos, sabiendo que sus ganancias aumentan por el favor de sus clientes, aumentarán en lo posible su empeño y habilidad, y si las cosas no son distorsionadas por intervenciones injustificadas, la mercadería seguramente corresponderá casi siempre a la demanda".[31]

Adam Smith afirmaba algo similar sobre, los empresarios:

> "Cada individuo, en su localidad, puede juzgar mucho mejor que el estadista o que el legislador en qué tipo de industria local puede emplear su capital, o en qué clase de producto se puede obtener el mayor valor. El estadista, que pretende indicar a los empresarios privados de qué manera deben emplear sus capitales, no solamente carga con un problema totalmente innecesario, sino que asume una autoridad que no se le puede confiar a un individuo y ni siquiera a un consejo o senado, y que puede ser muy

[28] Me parece que en esta cita queda clara, contrariamente a lo que suponen algunos autores, la continuidad existente entre la *Teoría* y la *Riqueza* de Smith. El concepto de *mano invisible* es central para esa continuidad.

[29] Smith, *Wealth of Nations*, p. 25.

[30] Para la influencia de Mandeville sobre los escoceses véase F. A. Hayek, "Dr. Bernard Mandeville". En: *New Studies in Philosophy, Politics, Economics, and the History of Ideas*, Londres 1978.

[31] Hume, The History of England from the Invaseim of Julius Caesar to th, Abdiestion of James the Second (1762), Londres, 1808-1810, iii, p. 128.

peligrosa en las manos de una persona que tiene la presunción y la estupidez de creerse en condiciones de llevarla a cabo".[32]

El arreglo institucional propuesto tendía, entonces, al establecimiento de unas pocas reglas generales que sujetaran las propensiones menos estimables de los seres humanos, pero que dejaran un amplio ámbito a la exteriorización espontánea de aquellas propensiones que contribuyen al bienestar general. La concepción escocesa venía así a dar un fundamento original a la idea de *gobierno limitado*, un principio rector en el nacimiento y posterior desarrollo del liberalismo clásico cuyos rasgos centrales fueron lúcidamente sintetizados por Adam Ferguson hace ya más de doscientos años:

"La libertad no es, como podría sugerirlo el origen del nombre, la liberación de toda restricción, sino la aplicación efectiva de restricciones justas a todos los miembros de un estado libre, sean éstos magistrados o súbditos. Es solamente bajo restricciones justas que las personas adquieren seguridad y que no pueden ser invadidas en su libertad personal, su propiedad y su accionar inocente [...]. El establecimiento de un gobierno justo es de todas las circunstancias que se dan en la sociedad civil la más esencial para la libertad; cada persona es libre en la proporción en que el gobierno de su país es lo suficientemente fuerte para protegerla y lo suficientemente limitado y prudente como para no abusar de ese poder".[33]

Ferguson está aquí definiendo lo que habitualmente conocemos como el "gobierno de las leyes y no de los hombres". Para Hume éste era un prerrequisito indispensable del progreso de las comunidades:

"Éstas son, entonces, las ventajas de los estados libres. A pesar de que una república sea bárbara terminará necesariamente dando lugar a la *Ley*, aun antes de que la humanidad haya realizado avances significativos en las otras ciencias. La ley da lugar a la seguridad; de la seguridad surge la curiosidad; y de la curiosidad el conocimiento.

[...] El primer conocimiento, por lo tanto, de las artes, oficios y ciencias no puede ocurrir jamás bajo un gobierno despótico".[34]

Un aspecto sugestivo del pensamiento escocés es el lugar que le otorga a la tradición y a la razón. La tradición no era para estos autores un catálogo de rituales arcaicos. No era, tampoco, una invitación a aceptar lo anacrónico por el mero hecho de ser una herencia del pasado. Su importancia residía en el hecho de que era la gran transmisora de las experiencias vividas y de los conocimientos acumulados por generaciones anteriores. Era, en otras palabras, la portadora de lo que habitualmente denominamos "la sabiduría de nuestros mayores". Como tal debería ser tratada con respeto y cautela y escrutada con un ánimo más propenso a retener que a destruir. Esta actitud frente a la tradición fue expuesta sucintamente por David Hume:

"Si una generación de hombres dejara la escena de golpe, y otra entera la reemplazara, como sucede con los gusanos y las mariposas, la nueva camada, si tiene

[32] Smith, *Wealth of Nations*, i, p. 456.
[33] Ferguson, *Principles of Moral and Political Sciences*, Edimburgo, 1792, ii, p.58.
[34] Hume, *Essay*, p. 118.

> sentido suficiente para elegir sus autoridades (lo que no es el caso entre los hombres), podría voluntariamente, y por consenso general, elegir su propia forma de gobierno, sin ninguna consideración por las leyes o precedentes que prevalecieron entre sus antepasados. Pero como la sociedad humana está en flujo constante (un hombre abandona cada hora este mundo y otro se incorpora) es necesario para preservar la estabilidad que la nueva generación adhiera a la constitución establecida, y siga en el camino que emprendieron sus padres, como éstos lo hicieron continuando en la huella de sus antecesores. Algunas innovaciones tienen necesariamente que ocurrir en las instituciones humanas, y es una instancia feliz si el genio ilustrado de una época las encamina al campo de la razón, la libertad y la justicia. Pero nadie tiene derecho a introducir innovaciones violentas, las que son muy peligrosas aunque emanen de la legislatura. Muchos más males que beneficios se derivan de esta actitud, y si la historia provee unos pocos ejemplos en contrario no deben tomarse como precedente, sino simplemente como prueba de que la ciencia de la política provee muy pocas reglas que no tengan excepciones y que no sean muchas veces controladas por la fortuna y el accidente".[35]

La herencia recibida no debe ser aceptada ciegamente y es en esta etapa donde la razón (*enlightened genius*) pasa a realizar su gran contribución. Una razón alerta a sus limitaciones no arrasa con lo heredado por más que algunas de sus partes escapen a su comprensión. Lo estudia, sí, con ojo crítico, buscando aminorar sus exageraciones, eliminar sus contradicciones e introducir reformas que vuelvan más armónico al conjunto recibido. Este procedimiento, que combina creativamente tradición y razón, fue lúcidamente sintetizado por Edmund Burke al describir la evolución institucional de su país: "en lo que innovamos no somos nunca enteramente nuevos y en lo que retenemos no somos nunca obsoletos".[36]

El orden institucional sugerido era visto, entonces, como el más adecuado al carácter complejo, y a veces contradictorio, de la naturaleza humana. El camino hacia su realización debía estar guiado, también, por consideraciones que no violentaran esa naturaleza. Los hábitos, prejuicios y pasiones de los hombres no podían ser destruidos en su raíz sin arriesgarse a males mayores de los que se procuraba corregir. Hablando de la Constitución decía David Hume que "en todos los casos es conveniente saber cuál es la más perfecta, y debemos procurar que una forma de gobierno regular se acerque a ese ideal lo más que sea posible mediante suaves alteraciones [...] que eviten introducir perturbaciones graves en la vida social.[37] La misma posición cautelosa emerge en los trabajos de Adam Smith, al referirse al espíritu que debe presidir las acciones del hombre público:

> "Cuando no puede conquistar los prejuicios arraigados en la población haciendo uso de la persuasión y la razón, no debe intentar someterlos por la fuerza. Deberá observar religiosamente lo que Cicerón justamente denominó la máxima divina de Platón, verbigracia, nunca usar la violencia contra su propio país ni contra sus padres. Deberá acomodar lo más que sea posible sus propuestas públicas a los hábitos y prejuicios arraigados en la gente y deberá remediar, lo mejor que pueda, los inconvenientes que surjan de la falta de las regulaciones que la gente se niega a introducir. Cuando no pueda establecer el bien no desdeñará reducir el mal; y, como Salón, cuando no pueda alcanzar

[35] Hume, *Essay*, p. 476-477.
[36] Edmund Burke, Reflections an the Revolution in France (1740), Middlessex, 1969, P, 115.
[37] Hume, *Essay*, p. 513-514.

> el mejor sistema de leyes, intentará establecer el mejor que la gente esté dispuesta a aceptar".[38]

En otra muestra del carácter sutilmente paradójico del pensamiento escocés, se trata de armonizar un mecanismo de cambio político-institucional de sesgo conservador para posibilitar, mediante la proliferación de los intercambios, procesos de movilidad social que permitan mejorar la posición de las personas dentro de la comunidad. Es porque no posibilita esta movilidad que Hume rechaza el gobierno absoluto con sus estratificaciones y privilegios:

> "El comercio tiende a decaer en los gobiernos absolutos, no necesariamente por falta de seguridad, sino porque su práctica se vuelve menos *honorable*. La subordinación de los estratos es absolutamente necesaria para el mantenimiento de estos gobiernos. El nacimiento, los títulos y el *status* deben ser honrados por encima de la industria y el comercio. Y mientras prevalezcan estas nociones, todos los comerciantes de envergadura estarán tentados de dejar sus negocios para conseguir esos empleos a los cuales se los adorna con honores y privilegios".[39]

Existieron, desde luego, algunas discrepancias entre nuestros tres autores. La naturaleza de este trabajo hace imposible un análisis minucioso de un tenia tan vasto como controvertido. Hay una de esas diferencias que merece, sin embargo, una breve referencia, y es la que gira alrededor de las causas que producen el retroceso de la sociedad. Una versión errónea sostiene que los escoceses brindaron una de las tantas visiones de progreso lineal ascendente que tan en boga estuvieron en el siglo XIX. En rigor, los escritos de los tres autores mencionados en este trabajo están llenos de advertencias sobre las posibilidades de estancamiento y retroceso que acechan a cualquier sociedad. Basta recorrer algunas de las citas precedentes para advertir la presencia casi permanente de esa posibilidad. Lo que sí se encuentra en la obra de Hume, Ferguson y Smith es un análisis de las condiciones jurídico-institucionales que hacen posible el progreso de la comunidad. Va de suyo que si esas condiciones están ausentes o desaparecen, como recordara Adam Smith en su reflexión sobre el "hombre de sistema", la "sociedad estará siempre en el máximo grado de desorden".[40]

Las diferencias recién aparecen cuando se consideran algunas de las características del proceso de evolución social. El análisis más sociológico de Ferguson y Smith se contrapone, a veces, con las reflexiones más escépticas de Hume que dejan un generoso espacio a la incidencia del "accidente" y de la "fortuna". Aun entre los dos primeros autores es posible encontrar algunas divergencias, como surge de la ausencia en los trabajos de Ferguson de etapas universales de evolución social que aparecen en la obra de Adam Smith. Tiene razón Duncan Forbes, sin embargo, cuando sugiere que la tentación de ubicar diferencias ha ocultado la existencia de muchas coincidencias aun en los puntos más controvertidos. Se señaló recién, por ejemplo, que Hume, a diferencia de los otros dos autores, ponía mayor énfasis en el papel de la "fortuna" en la causación de los fenómenos sociales. Distaba de ignorar, sin embargo, la existencia de regularidades y la necesidad de encontrar principios generales que den cuenta de ellas: "Sostener que todo evento es producto de la fortuna es poner fin a toda investigación futura y dejar al autor en el mismo estado de ignorancia en que se halla el resto de los seres humanos".[41] Las diferencias que hallamos en los temas anteriores son, por lo tanto, divergencias de énfasis y de grado, las cuales son importantes

---

[38] Smith, *The theory of Moral Sentiments*, p. 380.
[39] Hume, *Essay*, p. 93.
[40] Véase, por ejemplo, nota 25 ut supra.
[41] Hume, *Essay*, p. 16. Véase Duncan Forbes, *Hume Philosophical Politics*, Cambridge, 1975.

para el estudio de hechos singulares pero tienen mucho menos pego en el análisis de procesos generales.

Algo más pronunciadas son las diferencias que surgen de contraponer las opiniones de los escoceses en la consideración de las causas que provocan el retroceso de las naciones. Los tres autores, coinciden en considerar que a este resultado se llega a través de una mala elección de las instituciones básicas de la sociedad. La distorsión del marco institucional es, a la vez, consecuencia de otras causas, y en este punto emergen las discrepancias apuntadas. En una secuela muy típica de su pensamiento, Ferguson, por ejemplo, sostenía que el progreso hacia la sociedad civilizada, que él tanto estimaba, acarreaba necesariamente costos y pérdidas no desdeñables. La más dolorosa de estas pérdidas era la declinación de ciertos valores prevalentes en la vieja sociedad, y entre ellos, muy especialmente, la pasión por la virtud cívica. Esta pasión declinaba en ausencia de conflictos: "[...] aquel que nunca ha combatido con sus congéneres es un extraño a la mitad de los sentimientos de la humanidad". Y, más adelante: "la libertad muchas veces se mantiene por las continuas [...] oposiciones de sus partes y no tanto por el celo concurrente en apoyo de un gobierno equitativo".[42] La paz, la seguridad y la propiedad incrementaban el atractivo de la vida privada y aumentaban, por consiguiente, el desinterés por los asuntos públicos: "el vigor nacional declina por el abuso de esa misma seguridad que se procura mediante la perfección del orden público".[43]

Con los mejores hombres indiferentes al devenir político, son los personajes "corruptos" los que ocupan el centro de la escena política. La libertad y la seguridad corren el peligro de perderse como consecuencia de los frutos benéficos que ellas han producido. La situación paradójica que emerge no es, para Ferguson, insalvable. Sus atormentadas reflexiones tienden, más bien, a alertar sobre los peligros que acechan a las sociedades civilizadas. Para algunos comentaristas esta posición de Ferguson estuvo motivada por la preocupación que producía en su espíritu la actitud más contemplativa que percibía en los escritos de sus amigos Hume y Smith.[44]

Hume, desde luego, no compartía estas reflexiones de Ferguson. Su escepticismo con respecto a la naturaleza humana lo llevaba naturalmente a desconfiar de exhortaciones a movilizar virtudes que la naturaleza había provisto con avaricia. Esta actitud lo llevó a confiar mucho más que Ferguson en la eficacia de los mecanismos institucionales. En este punto llegó, inclusive, a expresarse con un énfasis sorprendente en un analista generalmente moderado y escéptico:

> "Tan grande es la fuerza de las leyes y de las formas específicas de gobierno, y tan poco dependen del temperamento y humor de los mortales, que se pueden deducir muchas veces de ellas consecuencias tan generales y certeras como las que ofrecen las ciencias matemáticas".[45]

Las discrepancias anotadas hacen aun más fértil y estimulante el legado de los tres autores escoceses. Lo mismo podría afirmarse del carácter abierto y conjetural de su contribución intelectual. Esta última característica ha permitido que a doscientos años de su publicación el legado

[42] Ferguson, *Essay*, pp. 128 y 151. En la obra de Ferguson es posible advertir una cierta admiración por el espíritu militar y las virtudes que se derivan de él. Ferguson era partidario de ejércitos ciudadanos para diseminar esas virtudes. Es factible hallar aquí una de las tensiones caracteristicas de este autor, dada su alta valoración de la paz y la seguridad.

[43] Ferguson, *Essay* , p. 223.

[44] Véase Donald Winch, *Adam Smith Politics*; *An Essay in Historiographic*, Cambridge, 1978, pp. 174-177. Para el tema de la virtud cívica véase el libro de Pocock citado en la nota 2 de este trabajo, y Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, 1983.

[45] En rigor, Hume tiene otros pasajes en donde su posición sobre el mismo tema está expresada en forma más moderada. *Essay*, p. 16.

de Ferguson, Hume y Smith siga azuzando a los investigadores en la tarea de superar algunos errores y profundizar en los temas que sólo fueron sugeridos o insinuados. Nada más consistente con el espíritu de conjetura y error y de experimentación permanente que preside a toda tradición evolucionista. Una tradición que, en este caso, contiene una sabia advertencia: no prohibir automáticamente lo que no nos gusta o no entendemos racionalmente y no obligar a nadie a realizar lo que se nos aparece como lo más perfecto y sublime. "El hombre ─ dice un viejo precepto ─ no es el Dios ante quien tengan que arrodillarse los seres humanos."[46]

[46] Morris Cohen, Reason and Nature. *An Essay on Dreaming of Scientific Method*, Londres, 1931, p.449.